

PENTECOSTALISMO A LA CHILENA

PARTICULARIDADES,
RASGOS TEOLÓGICOS
Y SU IMPACTO EN LA SOCIEDAD

PENTECOSTALISMO A LA CHILENA

Particularidades, rasgos teológicos y su impacto en la sociedad

© Juan Sepúlveda

Ediciones Universidad Alberto Hurtado
Alameda 1869 · Santiago de Chile
mgarciam@uahurtado.cl · 56-228897726
www.uahurtado.cl

Impreso en Santiago de Chile
Primera edición: diciembre de 2023
Impreso por C y C impresores

ISBN libro impreso: 978-956-357-449-4
ISBN libro digital: 978-956-357-450-0

Este es el vigésimo quinto tomo de la colección Teología de los tiempos

Los libros de Ediciones UAH poseen tres instancias de evaluación: comité científico de la colección, comité editorial multidisciplinario y sistema de referato ciego. Este libro fue sometido a las tres instancias de evaluación.

Colección Teología de los tiempos

Coordinador Colección Teología de los tiempos: Carlos Schickendantz

Dirección editorial: Alejandra Stevenson Valdés

Editora ejecutiva: Beatriz García-Huidobro

Diseño interior y portada: Alejandra Norambuena

Imagen de portada: Shanina · iStock



Grupo de
Editoriales
Universitarias
AUSJAL

Con las debidas licencias. Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

PENTECOSTALISMO A LA CHILENA

PARTICULARIDADES,
RASGOS TEOLÓGICOS
Y SU IMPACTO EN LA SOCIEDAD

JUAN SEPÚLVEDA



uah/Ediciones
Universidad Alberto Hurtado

CENTRO TEOLÓGICO MANUEL LARRAÍN

CONTENIDO

PRÓLOGO

Allan H. Anderson 9

INTRODUCCIÓN 17

CAPÍTULO I

Antecedentes histórico-teológicos 25

CAPÍTULO II

La globalidad del avivamiento pentecostal 43

CAPÍTULO III

Las “misiones de sostén propio”
como precursoras del pentecostalismo local 67

CAPÍTULO IV

Valparaíso, cuna del pentecostalismo chileno 99

CAPÍTULO V

Rasgos teológicos del pentecostalismo a la luz del caso chileno 133

CAPÍTULO VI

El pentecostalismo como religión popular 167

| | |
|---|-----|
| CAPÍTULO VII | |
| Encuentros y desencuentros entre pentecostalismo y ecumenismo | 193 |
| CAPÍTULO VIII | |
| El pentecostalismo y la sociedad chilena | 217 |
| EPÍLOGO | 259 |
| REFERENCIAS | 265 |
| SIGLAS | 283 |
| ÍNDICE ANALÍTICO | 285 |

PRÓLOGO

Durante la segunda mitad del siglo XX, los cambios más significativos en la demografía global del cristianismo se produjeron a través del crecimiento del pentecostalismo, sin duda uno de los movimientos religiosos de más rápido crecimiento en el mundo contemporáneo. Este estudio del pentecostalismo en Chile, de Juan Sepúlveda, es muy importante por varias razones que esbozaré aquí. Los pentecostales son la minoría religiosa más grande de Chile. Luego de reseñar los antecedentes teológicos e históricos del pentecostalismo global, el libro comienza con un relato histórico del nacimiento del pentecostalismo chileno. Queda claramente en evidencia la visión del autor respecto al carácter policéntrico de los orígenes del pentecostalismo temprano.

En resumen, el pentecostalismo chileno surgió después de que los Hoover recibieran un folleto escrito por su amiga metodista Minnie Abrams, donde testifica sobre el avivamiento en la misión de Pandita Ramabai en la India. El pentecostalismo chileno está fuertemente influenciado por el metodismo, en particular el que se deriva del famoso obispo misionero metodista estadounidense, William Taylor. Varios de los primeros pioneros pentecostales en diferentes partes del mundo (sobre todo T. B. Barratt, de Noruega) fueron influenciados por Taylor, y los Hoover en Chile no fueron la excepción. Taylor era un firme partidario del concepto de una iglesia que se auto-gubierne, se auto-sustente y se auto-propague (*three-self church*), un patrón que Hoover y sus asociados también siguieron. El avivamiento que comenzó en

Valparaíso en 1909 fue interpretado completamente dentro de este marco del movimiento de santidad metodista. No se puede entender el pentecostalismo chileno sin entender el metodismo chileno, y para ello es fundamental el capítulo que relata los inicios del metodismo en Chile en el siglo XIX. Hasta el día de hoy, el pentecostalismo chileno sigue siendo “metodista” en su énfasis.

Otra diferencia señalada por Sepúlveda es que la “evidencia inicial” de las lenguas, un fuerte rasgo del pentecostalismo “clásico” norteamericano, no figura como dogma en el avivamiento chileno. Señala certeramente que esta doctrina de la “evidencia inicial”, al menos en los Estados Unidos, ha sido considerada como universalmente normativa. Esto da como resultado una tendencia reduccionista a definir a un pentecostal simplemente como alguien que habla en lenguas. De hecho, como él señala, debido a que las influencias externas que recibió el avivamiento de Valparaíso provinieron de Mukti en la India, y no del avivamiento de Los Ángeles en la calle Azusa, Valparaíso puede considerarse como la cuna de una versión alternativa del pentecostalismo, contemporáneo con la versión norteamericana. Esta es una observación significativa en el contexto de la discusión sobre los orígenes del pentecostalismo. Durante mucho tiempo he argumentado que es mejor ver el pentecostalismo global como originado en una fusión de múltiples corrientes diacrónicas y sincrónicas. Por supuesto, el movimiento wesleyano de santidad en América del Norte, el propio trasfondo de Willis Hoover, fue una corriente importante, si no la única.

El surgimiento del pentecostalismo a principios del siglo XX en Chile tiene otro aspecto. El principio fundacional de la experiencia del Espíritu, lo que Sepúlveda llama el “principio pentecostal”, es que no existe una experiencia dominante o normativa. El Espíritu en el día de Pentecostés se derramó sobre personas de diferentes idiomas nativos, lo que demostró que no se limitaba a un solo pueblo o cultura. Argumenta que la doctrina

de la evidencia inicial es un intento de imponer limitaciones a la libertad del Espíritu. Con este argumento estoy totalmente de acuerdo. En mi opinión, una doctrina tan rígida también promueve un sentido de superioridad espiritual y, a veces, aísla a sus defensores de una interacción significativa con otros cristianos. El capítulo de Sepúlveda sobre los rasgos teológicos del pentecostalismo en Chile es de lectura imprescindible para quien quiera explorar el pentecostalismo más allá de los estereotipos habituales que se le han asignado a este movimiento del Espíritu. Lo que caracteriza a todas las muchas formas divergentes del pentecostalismo no es la doctrina, sino el *ethos* o la “espiritualidad”, mediante la cual se muestran diferentes manifestaciones del Espíritu Santo, siempre presente en la vida diaria de los creyentes. Esta presencia del Espíritu proporciona poder transformador para testificar del Cristo resucitado. Esto significa también vivir la propia vida como testigo en la espera segura de la segunda venida.

Otro aspecto importante de este estudio es el hermenéutico. El Espíritu Santo permite al creyente comprender las Escrituras: la “Biblia abierta”. Como he argumentado en otra parte, la mayoría de los pentecostales en todo el mundo se basan en una comprensión experiencial de la Biblia, en lugar de literal. Creen en la iluminación espiritual, la inmediatez experiencial del Espíritu que hace que la Biblia sea “viva” y, por lo tanto, diferente de cualquier otro libro. Asignan múltiples significados al texto bíblico, los predicadores a menudo asignan un significado más profundo que solo puede ser percibido con la ayuda del Espíritu. Como observa Sepúlveda, los pentecostales chilenos interpretan la Biblia a través de sus experiencias de vida. Por esta razón, el pentecostalismo en Chile (como en otros lugares) no es una forma de fundamentalismo, porque los predicadores vinculan constantemente la Escritura con la vida contemporánea y presentan el texto como un reflejo de la experiencia común. Los pentecostales toman la Biblia tal como es y buscan puntos en común en

situaciones de la vida real. Al encontrar estas correspondencias, creen que Dios les habla y puede hacer lo mismo por ellos. Por lo tanto, la Biblia tiene inmediatez y relevancia para las experiencias de la vida; de hecho, en el pentecostalismo chileno es un símbolo de la presencia de Dios en y con el creyente.

El capítulo de Sepúlveda sobre el pentecostalismo como religión popular plantea cuestiones importantes relacionadas con la forma en que el pentecostalismo interactúa con la cultura y la religión populares. La introducción de la música popular, a pesar de la oposición de Hoover que eventualmente condujo a un cisma, fue una forma de familiarizar el culto pentecostal con la población mayoritariamente mestiza. Su segundo ejemplo, sobre el pentecostalismo aymara y la obra del pastor Mamani, quien fue dejado a su suerte para desarrollar su ministerio en el altiplano andino. El asombroso crecimiento del pentecostalismo entre los aymara chilenos podría explicarse tanto por una adaptación a la cultura aymara como por una reacción a la creciente modernidad traída por fuerzas sociopolíticas externas. Nuevamente, volvemos a la cuestión de la identidad pentecostal, en este caso la identidad pentecostal chilena, mestiza o aymara. Lo que a menudo no se entiende, particularmente por parte de los observadores occidentales, es hasta qué punto el pentecostalismo adopta formas distintivas en diferentes contextos. El pentecostalismo puede adaptarse a diferentes culturas y sociedades y dar expresiones contextualizadas al cristianismo. Estos se expresan en su culto y liturgias energéticas y energizantes, en su música y danza, en su oración con el libre uso de las emociones, y en sus comunidades de creyentes preocupados y comprometidos. De todas las expresiones cristianas, el pentecostalismo tiene la capacidad de transponerse a las culturas y religiones locales sin esfuerzo, debido a su énfasis principal en la experiencia del Espíritu y el llamado espiritual de los líderes que no tienen que tener una educación formal en teología. En particular, el ministerio de sanidad y liberación, junto

a su afirmación de lo milagroso, han ayudado al pentecostalismo en su llamado a un mundo donde los eventos sobrenaturales se dan por sentados. Ha sido capaz de aprovechar las tradiciones religiosas antiguas con un ojo puesto en el mundo cambiante de la modernidad. Esta combinación de lo antiguo con lo nuevo, manteniendo en tensión tanto la continuidad como la discontinuidad, ha permitido atraer a personas que se relacionan con ambos mundos. El estudio de Sepúlveda es una excelente ilustración de estos principios.

En su penúltimo capítulo, Sepúlveda analiza el pentecostalismo chileno en sus encuentros con el ecumenismo, argumentando que el pentecostalismo en sus orígenes fue un movimiento ecuménico donde las diferencias confesionales jugaron un papel muy menor o ninguno. Los primeros pentecostales se autodenominaron la “fe apostólica” y, a pesar de las críticas implícitas a las iglesias establecidas, los participantes en este movimiento del Espíritu creían que el avivamiento abarcaría a toda la iglesia, lo que daría como resultado una iglesia unida y revitalizada. Culturalmente, el pentecostalismo se adaptó a su contexto de tal manera que en Chile y Brasil pudo formar iglesias independientes que desde el principio fueron expresiones del patrón *three-self*. Sin embargo, como en otras partes del mundo, las iglesias protestantes en Chile rechazaron el avivamiento pentecostal y, como resultado, el pentecostalismo chileno se desarrolló aislado del movimiento ecuménico emergente encabezado por los metodistas y los presbiterianos. Con el paso del tiempo y la cooperación en las actividades de evangelización, algunas de las barreras se derrumbaron. Las denominaciones pentecostales chilenas más pequeñas fueron las primeras iglesias pentecostales en ser admitidas en el Consejo Mundial de Iglesias en 1961. El pentecostalismo tiene el potencial de ser tanto ecuménico como multicultural, y es por eso que la comprensión pentecostal de quiénes son es tan importante para el ecumenismo. Si vamos a reconocer este potencial,

también debemos reconocer que este movimiento multifacético tiene como característica unificadora un énfasis en la obra actual del Espíritu en la iglesia. Esto crea enormes posibilidades para la cooperación ecuménica por encima de las divisiones, siempre que la definición de identidad pentecostal siga siendo lo suficientemente amplia como para acomodar las diferencias.

El último capítulo sobre el papel del pentecostalismo en la sociedad chilena es importante, particularmente debido a la importante proporción de chilenos que son pentecostales, una proporción mucho mayor que en cualquier país europeo o norteamericano. Se pueden encontrar paralelos al proceso de politización pentecostal en otras partes del mundo. Un bloque tan importante en Chile, como en Brasil y algunos países centroamericanos, tiene influencia cuando se relaciona con organismos públicos. Este bloque es predominantemente de las clases bajas, y al principio se excluye de la sociedad. Incluso cuando no hay un apoyo evidente a las estructuras políticas opresivas, se ha considerado que los pentecostales tienen actitudes apolíticas, a menudo acompañadas de puntos de vista políticos conservadores, y no se involucran en cuestiones sociopolíticas. Las estructuras políticas a menudo se ven como malas y se exhorta a los pentecostales a no tener nada que ver con ellas. Más tarde, los pentecostales chilenos se relacionan con la sociedad y los partidos políticos de la misma manera que lo hacen las clases bajas en su conjunto. Incluso más tarde, cuando busca más reconocimiento y aceptabilidad, entra en la contienda política. Este es el principal argumento de Sepúlveda para explicar el apoyo de algunos líderes pentecostales al régimen de Pinochet, especialmente cuando la Iglesia Católica mayoritaria lo criticaba. Hoy en día, debido a que los pentecostales son una minoría religiosa tan importante en Chile, su papel e influencia en la política chilena sigue siendo importante y son buscados para obtener apoyo político.

Agradezco la oportunidad de recomendar la lectura de este libro. Se lee con bastante facilidad y abre nuevos horizontes en el estudio del pentecostalismo, particularmente porque proviene de alguien que escribe desde adentro del pentecostalismo chileno, cuyas reflexiones sobre el movimiento en su país de origen son profundas e informativas. Siga leyendo, se alegrará de haberlo hecho.

DR. ALLAN H. ANDERSON
Profesor Emérito
Dpto. de Teología y Religión
Universidad de Birmingham

INTRODUCCIÓN

En 1935, a la edad de diez años, Narciso, mi padre, junto a su madre, sus hermanas y su hermano, llegó a un local muy pobre de la Iglesia Evangélica Pentecostal (IEP) de Ñuñoa. Una humilde hermana analfabeta que había llegado como empleada doméstica a ese hogar de clase media profesional, acompañó a mi abuela Luz en medio de la dolorosa experiencia del abandono de su esposo, mi abuelo Narciso, y terminó evangelizándola. Siete años más tarde, la familia fue invitada a trasladarse a la Iglesia de calle Sargento Aldea, en la comuna de Santiago, debido al excesivo autoritarismo del pastor de Ñuñoa, quien había dicho a mi abuela que entregue como una ofrenda en la iglesia el dinero que mi abuelo le había pasado para destinarlo a unas vacaciones familiares de verano.

Más o menos en la misma época, Estela, mi madre, llegó a Santiago desde Parral, para completar sus estudios secundarios, y continuar estudios musicales. Fue acogida en casa de su tía paterna, Gertrudis, quien, junto a su esposo e hija, participaba en la IEP de Sargento Aldea, adonde también llegó mi madre. Así, ambos vivieron la experiencia de ser parte de la juventud de esa iglesia local cuyo pastor, Juan Luis Saavedra, en palabras de mi padre “era un hombre con mucha más cultura que el nivel de ese tiempo y allí estuvimos mucho mejor; incluso recibíamos invitaciones, en ese tiempo, a asistir a conferencias de pastores que venían a Chile, es decir, había cierto trato interdenominacional, que ahora no se ve en absoluto en la Iglesia Evangélica Pentecostal”¹.

De ese ambiente participaban también Jorge y Mario Gómez, nietos del pastor Willis Hoover, quienes eran parte del círculo más cercano de amistades de mis futuros padre y madre. La amistad entre Estela y Jorge se hizo más profunda, y en el ambiente grupal se fue instalando la probabilidad de un futuro enlace. Pero Jorge viajó a los Estados Unidos para completar sus estudios allá. Pasado cierto tiempo, otro miembro del grupo que había puesto sus esperanzas en la posibilidad de casarse con Estela, sin hablar previamente con ella escribió a Jorge para pedirle que la libere de su tácito compromiso. Jorge lo hizo, suponiendo que eso era lo que Estela esperaba, pero en realidad para ella fue una sorpresa que le causó dolor, y enojo con el pretendiente que había decidido actuar sin consultarle. Eventualmente, este imprevisto desenlace permitió que la relación entre Estela y Narciso, iniciada con carácter de profesora de piano y alumno, evolucionara hacia el compromiso matrimonial.

Entre tanto, la vida y convivencia en la congregación de Sargento Aldea, tan apreciada por mi padre, se vio envuelta en una crisis inesperada. El pastor Juan Luis Saavedra enfermó gravemente, pero la congregación oraba por él y confiaba en su recuperación. La Junta de Oficiales tomó la resolución de que mientras su pastor permaneciera vivo, ella misma se encargaría de la dirección de la iglesia y no se hablaría de la eventual sucesión pastoral. Sin embargo, la Conferencia Anual de la IEP realizada en Buin en enero de 1952 nombró unilateralmente al hermano José Gómez como pastor para Sargento Aldea, y el 19 de ese mes el Superintendente, pastor Enrique Mourgues, se reunió con la Junta de Oficiales para informar del nuevo nombramiento y preparar la presentación e instalación del nuevo pastor. Cuatro miembros pidieron la palabra para hacer valer la resolución que había tomado la Junta de Oficiales, pero se les pidió que se retiran de la reunión, lo que generó una tensión que rápidamente trascendió al conjunto de la congregación. Al día siguiente, en el culto de instalación del nuevo pastor, su primer anuncio fue

la expulsión de 30 hermanos y hermanas miembros en plena comunión, incluyendo los cuatro miembros de la Junta de Oficiales que habían pedido respetar el acuerdo.

Otros hermanos y hermanas se unieron al grupo de expulsados, sumando 120, número con evidentes resonancias bíblicas, con el propósito de apelar ante las autoridades de la IEP en favor de su reincorporación a la Iglesia de Sargento Aldea. Mi padre, con su familia, y mi madre, fueron parte de ese grupo, que fue acompañado por el pastor Juan Salazar, recién retornado de un período como misionero en Argentina. Provisionalmente, para continuar congregándose, arrendaron una casa de dos pisos en calle Biobío. En el primer piso se improvisó el espacio de reunión, mientras que en el segundo piso se instaló la familia de mi padre. En ese lugar de tránsito, se llevó a cabo la bendición del matrimonio de Narciso y Estela, el 17 de mayo de 1952.

Eventualmente, ante la evidencia de que en la IEP no había voluntad de reincorporar a las hermanas y hermanos expulsados, el grupo sintió que no tenían otra opción que organizarse como una nueva corporación, lo que hicieron con un nombre minimalista: “Iglesia Pentecostal”. Pronto se dieron cuenta que el nombre legal resultaba demasiado genérico, por lo que agregaron en la papelería y las comunicaciones la palabra “misión”, que por lo demás daba cuenta del intenso espíritu misionero de sus primeros años. Así, el nombre usado en la práctica pasó a ser Misión “Iglesia Pentecostal” (MIP). Pero, por otra parte, al mismo tiempo que mantenían y valoraban la identidad pentecostal de la misión, reflexionaron profundamente sobre la necesidad de dejar atrás la vocación “separatista” o “exclusivista” de su iglesia madre, y resolvieron autodefinirse como una “iglesia de puertas abiertas”. La forma de visibilizar esa autodefinición, fue la decisión de que en el frontis de su templo matriz, construido mediante la remodelación de una bodega adquirida en calle Pedro Montt N° 1473, comuna de Santiago, en lugar de registrar el nombre de la corporación, escribir simplemente “Iglesia Evangélica”.

Lo de “iglesias de puertas abiertas” lo aplicaron bastante literalmente. La cercanía entre el templo y el Parque Cousiño (actual Parque O’Higgins), sede habitual de grandes campañas de evangelización con predicadores extranjeros, lo convertía en un punto de referencia para actividades interdenominacionales de apoyo y coordinación. Del mismo modo, y a pesar de ser una corporación muy joven y, por lo tanto, pequeña, tuvo bastante protagonismo en parte de los hechos que se relatarán en los capítulos 7 y 8 de este libro. Fue en ese ambiente en el que nací y se desarrolló mi manera de comprender y de vivir la fe cristiana. Escuché relatos muy emotivos sobre la manera en que el amor de Dios se manifestaba transformativamente en comunidades pentecostales que acogían incondicionalmente a las personas, cualquiera fuera su condición o pasado. Pero también aprendí a reconocer a las personas de iglesias no pentecostales como hermanas y hermanos en Cristo, de las cuales tenía mucho que aprender.

Estas y otras experiencias despertaron mi deseo de estudiar teología. La oportunidad y apoyo necesario para hacerlo provino no de círculos pentecostales, sino de los círculos ecuménicos en los cuales la MIP participaba activamente. Luego de un año en la Comunidad Teológica Evangélica de Chile (CTE, 1975), continué mis estudios en el Instituto Superior Evangélico de Estudios Teológicos (ISEDET, 1976-1980) en Buenos Aires, Argentina. En ISEDET era el único pentecostal entre estudiantes y docentes, salvo por una hermana que trabajaba en la cocina. No tuve problemas de adaptación, gracias a la formación que había tenido en mi familia y en mi iglesia local, pero sí percibí que mi falta de problemas de adaptación causaba cierta sorpresa en mi entorno, porque no calzaba con la imagen predominante del pentecostalismo en medios no pentecostales. Excepto por una visita a un culto pentecostal que era parte del programa de una de las materias introductorias, el pentecostalismo no figuraba en el plan de estudios, y aparentemente ningún integrante del cuerpo docente se había dedicado específicamente a su estudio.

Todo ello me motivó para dedicar los trabajos de investigación de distintas asignaturas, y luego mi tesis para la Licenciatura en Estudios Teológicos, a estudiar el pentecostalismo chileno. De vuelta en Chile, tras completar mis estudios de pregrado, por mi formación teológica y mi experiencia ecuménica se me asignó con frecuencia la tarea de representar a la MIP en diversas conferencias, particularmente del Consejo Latinoamericano de Iglesias (CLAI) y del Consejo Mundial de Iglesias (CMI), y mi participación en esos espacios hizo todavía más urgente el desafío de contribuir al conocimiento y comprensión de la especificidad del pentecostalismo chileno y latinoamericano. A ello se sumó la invitación a entregar un curso regular sobre el pentecostalismo chileno en la CTE, lo que hice por algunos años durante la década de los 80s. De toda esta experiencia surgieron, generalmente por encargo, varios artículos publicados en diversas revistas o como capítulos de libros, así como también ponencias que no han sido publicadas. Debo agradecer al Servicio Evangélico para el Desarrollo (Sepade), mi lugar de trabajo a tiempo completo por todos esos años, por permitirme responder a esos requerimientos como parte de una de mis tareas institucionales (Encargado de Relaciones Ecuménicas).

Al asumir la tarea de adentrarme en el incipiente campo de los estudios pentecostales, me encontré con que el interés por el estudio académico del pentecostalismo en América Latina se generó principalmente en el campo de las ciencias sociales, primeramente de la sociología, y más tarde de la antropología, lo que ha otorgado a estas disciplinas un predominio en la literatura sobre el tema que se mantiene hasta hoy. Tanto es así, que con frecuencia el tratamiento del pentecostalismo en los textos de historia del cristianismo en América Latina, se basa en las breves referencias históricas de los estudios sociológicos o antropológicos, más que en estudios propiamente históricos. Por otra parte, las interpretaciones de la presencia en la región de esta vertiente del cristianismo han estado fuertemente condicionadas por una

serie de debates ideológicos, que han dejado poco espacio para reconocer las dinámicas locales en juego en el desarrollo del pentecostalismo, y para el análisis de sus dimensiones propiamente religiosas y teológicas.

El temprano desarrollo del pentecostalismo en Chile y sus particularidades, lo constituyen en un caso de estudio de gran interés para someter a discusión las interpretaciones puestas en circulación desde las ciencias sociales, y para complementarlas desde las perspectivas de la historia y de la teología. En gran medida eso es lo que he tratado de hacer con mis artículos escritos a lo largo de cuatro décadas. Hacia fines de 2017, Matías Maldonado, a quien conocí cuando me solicitó participar como informante y facilitarle acceso a documentación para su tesis de Licenciatura en Historia de la Universidad de Chile (2012), me propuso reunir una selección de mis artículos sobre el pentecostalismo chileno en un libro, y tomó la iniciativa de proponer tal proyecto al Centro Manuel Larraín y al Comité de la Editorial de la Universidad Alberto Hurtado. La propuesta fue aceptada, gesto ecuménico que aprecio profundamente, y junto a Matías comenzamos la tarea de seleccionar los artículos que merecían ser reeditados en un libro.

Pronto Matías se vio requerido por otras tareas y, por mi parte comencé a darme cuenta que, dado que mis artículos fueron escritos por encargo y en distintos contextos temáticos, no me resultaba fácil armar un libro coherente reuniendo algunos de los artículos tal como fueron publicados. Asumiendo que la tarea iba a tomar bastante más tiempo, acordamos con los editores producir un texto casi completamente nuevo, pero ciertamente aprovechando todo aquello que pareciera vigente del material publicado previamente, complementándolo con nuevas lecturas de la abundante literatura actual sobre el pentecostalismo chileno y latinoamericano, en algunos casos con mi nombre entre sus referencias. No puedo dejar de agradecer a Matías, porque sin su impulso inicial, este libro no habría llegado a escribirse. De la

segunda fase del proyecto, dejo constancia de mi gratitud a Ruth Tamara Gatica, hermana metodista pentecostal, egresada de la Licenciatura en Estudios Bíblicos y Teológicos de la CTE, en convenio con la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, quien se ofreció para realizar alguna colaboración voluntaria, y yo la invite a leer y comentar mi “manuscrito” en desarrollo. Sus comentarios de forma y fondo fueron un gran estímulo para mi proceso de escritura. Mientras lidiaba con el último capítulo, me contactó Marcone Bezerra Carvalho, pastor presbiteriano de Brasil, con el propósito de entrevistarme en el marco su investigación para un doctorado en historia en la Universidad de Los Andes, con el título “De la unidad a las divisiones. Iglesias evangélicas y polarización política en Chile, 1958-1973”. Con él se inició a un rico intercambio que espero sea tan productivo para su trabajo como lo fue para el mío. Vaya también mi agradecimiento a Marcone. Expreso finalmente mi enorme gratitud a Allan Anderson, por honrarme con su generosa lectura del texto y su escritura del prólogo.

La estructura del libro se transparenta con bastante claridad en el índice analítico, por lo que no parece necesario ahondar en ese punto en esta introducción. En el texto de los capítulos he procurado usar un lenguaje y estilo accesible para cualquier persona con formación general, que tenga interés en ampliar su conocimiento y reflexionar sobre el movimiento pentecostal chileno. He usado las notas para vincular cada capítulo con los artículos publicados anteriormente que utilicé como base; para transparentar las citas y referencias bibliográficas de otra autoría; para profundizar aspectos que puedan ser de interés para quienes estudian académicamente el tema; y para plantear preguntas o relevar aspectos que plantean la necesidad de reflexión interna dentro de las iglesias pentecostales, o mayor investigación.

Dedico este libro a Estela, mi madre, que descansa en el Señor desde el año 1995; y a Narciso, mi padre, que nos dejó justo cuando se iniciaba el proceso de edición.

Notas:

- ¹ Entrevista en I. Palma (ed.), *En tierra extraña. Itinerario del pueblo pentecostal chileno*, Santiago 1988, 203.